



## Dimensión mítica de Melquiades en Cien Años de Soledad\*

*José Antonio Martín*

*Universidad del Zulia*

### Consideraciones iniciales

La lectura de las primeras páginas de Cien Años de Soledad, ha provocado diferentes reacciones, aún opuestas. Unos anotan su regocijo, otros su desagrado. Entre los primeros, unos quedan en las ramas, disfrutando de lo que interpretan como delicioso juego de burlas. Entre los segundos, otros se quedan en la corteza y afirman no estar dispuestos a que les tomen el pelo. Y ni unos ni otros han saboreado la savia del relato, que, (permítaseme el juego) es realmente sabia. Aludo a estas dos posiciones en base a consultas hechas y a

comentarios oídos. Los primeros parecen pecar de frívolos; los segundos, de serios.

Personalmente me parece que, al menos, los primeros se divierten y algo han logrado. Los segundos, en nombre de una supuesta seriedad, no han llegado a la seriedad de la obra. La obra es una magistral combinación de bromas y veras, de humor y seriedad tan bien dosificados que hay que paladear bien la muestra antes de arriesgar juicio. Al principio quedé asombrado. Me reía, me divertía y me ponía en guardia contra un excesivo deportivismo literario. ¿Esto es en serio o no es en serio? ¿Esta

\* Revista de Literatura Hispanoamericana. Nos. 24-25. Enero-Junio Julio-Diciembre 1985. Centro de Estudios Literarios. Facultad de Humanidades y Educación. Universidad del Zulia. Maracaibo. Venezuela.

**Nota:** Los nombres de la obra Cien Años de Soledad y del personaje José Arcadio Buendía, serán identificados en el trabajo por las siglas CAS y JAB respectivamente, por razones de economía en espacio y tiempo.

burla va en serio? Y realmente ese humor iba en serio. De ahí que haya escogido para el presente trabajo uno de los personajes que más se prestan a esa problemática: Melquíades. ¿Es Melquíades un timador profesional, un *hábil mercachifle*, que se aprovecha de la ingenuidad de Macondo? ¿Es un timador o un *hábil mercachifle* el autor que se aprovecha de la ingenuidad de los lectores? ¿Qué hace un ser tan contradictorio y tan intempestivo en Macondo y en la obra?

A mi modo de ver Melquíades es la chispa que enciende toda la obra. Es él quien desencadena el tiempo y echa a andar la historia.

### **I. Quién es Melquiades:**

Melquíades es un gitano que llega a Macondo anunciando los últimos descubrimientos. En sus visitas deja un imán, una lupa, un catalejo, un laboratorio de alquimia, un laboratorio de daguerrotipia y una sed inextinguible de novedad que altera definitivamente al patriarca de ese pueblo primitivo, José Arcadio Buendía, y a los sucesores de éste, hasta el final de los tiempos de la descendencia Buendía. Melquíades es gitano y griego y romano y universal. Melquíades es joven y es viejo. Ha acumulado en sus

viajes toda la experiencia del mundo. Conoce todas las regiones y todas las razas y todas las lenguas y todos los secretos del planeta, por haberle dado varias veces la vuelta en sus andanzas. Conoce la vida y la muerte, pues ha vivido, ha muerto ha regresado de la muerte. Conoce la soledad y la desgracia y todas las enfermedades, pues ha soportado todas las pestes de la tierra. Envejece y rejuvenece porque ha logrado el secreto de la eterna juventud. Y, en fin, logra la inmortalidad con una fórmula, resultado de sus investigaciones mágico-científicas.

Este es en síntesis Melquíades, quien llega a Macondo en el momento preciso para darle impulso. Macondo empieza a andar con la llegada de Melquíades.

Pero toda esa síntesis que hemos hecho a vuelo de pájaro sobre el personaje requiere atención.

### **II. Los objetos que lleva Melquíades**

Ya hemos nombrado estos objetos: un imán, un catalejo, una lupa, un laboratorio de alquimia y un laboratorio de daguerrotipia.

#### 1. El imán:

“Primero llevaron el imán” y todos los objetos metálicos “se arrastraban en desbandada turbulenta de-

trás de los fierros de Melquiades”<sup>1</sup>, quien aclara ante el asombro colectivo: “Las cosas tienen vida propia... todo es cuestión de despertarles el ánimo”<sup>2</sup>. Lo que sucede inmediatamente es que JAB “pensó que era posible servirse de aquella invención inútil para desentrañar el oro de la tierra”<sup>3</sup>. Pero Melquiades, “que era un hombre honrado”, le contesta que para eso no sirve. Sin embargo ante la porfía, el gitano hace un cambio: “un mulo y una partida de chivos” por el imán.

Hasta aquí ya tenemos varios elementos de juicio importantes. El imán produce asombro casi religioso en los pueblerinos, quienes lo admiran como algo mágico. El gitano aclara que las cosas tienen alma y que todo es cuestión de encontrársela. JAB intenta darle una aplicación práctica: Buscar oro. El gitano es honrado y confiesa que no sirve para eso.

Vemos que no está en la intención de Melquiades estafar, pues pudiera haberse servido de supuestos poderes mágicos para ello. Por el contrario adopta una actitud pre-científica, correspondiente a una era todavía animista, pero que en los primeros tiempos de la evolución humana tuvo

considerable importancia: una toma de conciencia de los objetos, del mundo exterior; y el empleo de una fuerza natural, el magnetismo, para indagar en el mundo.

Todos estos elementos nos llevan a comparar a Macondo con una era del pasado en la que el hombre, todavía ingenuo empieza a despertar a la curiosidad precientífica. Y el paso dado hacia delante en un Macondo asombrado, primitivo, lo impulsa Melquiades. Al lector desprevenido le toma por sorpresa que en pleno siglo veinte le salgan con cosas tales. Sin embargo hay que llegar hasta la intención simbólica del hecho y del pueblo, para comprender el alcance del hallazgo del imán: el mismo asombro que experimentaríamos en un pasado el primer hombre que lo observó. Lo importante, pues, es el imán como símbolo de un Macondo símbolo.

## 2. El catalejo:

Melquiades afirma que por medio de ese invento “la ciencia ha eliminado las distancias... Dentro de poco el hombre podrá ver lo que ocurre en cualquier parte de la tierra, sin moverse de su casa”<sup>4</sup>.

Si nos atenemos a la esfera simbólica, notamos inmediatamente que

1 CAS, p. 9

2 Ibidem.

3 Ibidem.

4 Ibidem, p. 10.

se ha pasado de la utilización de una fuerza natural a un invento propiamente tal; y aunque las consecuencias son exageradas por Melquíades no está tan lejos de la verdad al afirmar que la ciencia ha eliminado las distancias (terminología que utilizamos hoy aludiendo a la radio, la televisión, la comunicación por satélites, etc. No es lo mismo, dirá alguien; de acuerdo. Pero el catalejo es un preludio de hazañas posteriores). Macondo entra a la era de la física (la óptica) gracias a Melquíades. Una física primitiva que se contenta con la diversión, como sucede realmente con los inicios de cualquier invento.

### 3. La lupa:

Un día los gitanos hacen una demostración: “pusieron un montón de hierba seca en mitad de la calle y le prendieron fuego mediante la concentración de los rayos solares”<sup>5</sup>. Inmediatamente JAB, como había sucedido con el imán, piensa en una aplicación práctica: “utilizar aquel invento como una arma de guerra”<sup>6</sup>. Melquíades, como la primera vez, trata de disuadirlo (insistimos por lo tanto en el carácter honrado de Melquíades); pero ante la terquedad de JAB se la cambia por el imán (con el

que había fracasado en la búsqueda de oro, como le había dicho el gitano) y “por tres piezas de dinero colonial”<sup>7</sup>.

Un nuevo logro, un nuevo invento realmente, introducido en Macondo por Melquíades; un nuevo avance, pues ya se domina la energía solar (rudimentariamente es cierto) para transformarla en fuego. No perdamos de vista el simbolismo de Macondo, un pueblo primitivo, un mundo primitivo, que va avanzando poco a poco (violentamente, claro, pero sólo en el tiempo novelesco, un tiempo concentrado que reduce milenios a días). Es curioso también hasta el detalle de la aplicación bélica, intentada ya en la antigüedad por un célebre griego para abrasar los barcos enemigos. Nótese, pues, cómo se vale el autor de ciertos detalles para insinuar el carácter simbólico de su narración. Y adviértase también el gesto significativo de Melquíades al aceptarle de nuevo “los dos lingotes imantados”, evidentemente con una ventaja para él, tres piezas de dinero colonial. Recuérdese que en el cambio anterior no figuraba el dinero. El primer cambio, introducido también gracias a Melquíades. Ahora, en un paso más, mezclado todavía al primitivo sistema de trueque, figura la

5 Ibidem, p. 10.

6 Ibidem

7 Ibidem.

moneda. Habíamos mencionado una “ventaja” para el gitano; pero en realidad quien cree salir ganando, a pesar de la advertencia, es JAB. Ya en esta introducción del dinero un paso hacia el comercio, otro invento introducido gracias a Melquiades. Cada uno cree salir ganando a su modo, que es otra de las características y de las razones del comercio. No hace falta aclarar que JAB fracasa en sus intentos bélicos, pues siempre trata de ir más allá de sus recursos.

4. Mapas e instrumentos de navegación:

A cambio de la lupa, con la que había fracasado, JAB obtiene de Melquiades (quien le devuelve además los doblones) unos mapas y unos instrumentos de navegación; rasgo que eleva a Melquiades a la categoría de un desinteresado sabio que pone en manos del discípulo sus tesoros, sus inquietudes y sus instrumentos. Estos mapas e instrumentos aluden a otro progreso humano: los descubrimientos marítimos. No se crea sin embargo que hemos llegado a la era moderna. No; estamos todavía en la Edad Media, aunque en sus últimos estertores, como lo prueba la fiebre de

descubrimientos que coincide con el Renacimiento; pero tampoco un Renacimiento triunfante puesto que alude a unos “estudios del monje Hermann” que igualmente le deja al macondino, para que pudiera utilizar con éxito “el astrolabio, la brújula y el sextante”<sup>8</sup>. Desde entonces JAB pasa el tiempo estudiando el firmamento con una fiebre mixta de astrólogo y astrónomo.

Como remate de todo este lapso, un día otro gran descubrimiento conmueve a Macondo, con el anuncio de JAB de que

“La tierra es redonda como una naranja”<sup>9</sup>.

Como suele suceder, nadie le hace caso. Reunamos los mapas, la brújula, el sextante, el astrolabio y tendremos una imagen muy similar a la de Colón. Pero cuando todo Macondo creía que JAB había perdido el juicio, de nuevo “llegó Melquiades a poner las cosas en su punto”<sup>10</sup> y en un gesto de admiración por quien había llegado a tal descubrimiento por propios medios, le deja un laboratorio de alquimia.

5. El laboratorio de alquimia:

En una rigurosa secuencia lógica, podría decir alguien, el autor debe-

8 Ibidem.

9 Ibidem, p. 11.

10 Ibidem.

ría haber ubicado este hecho antes del descubrimiento de la redondez de la tierra, o sea, en plena Edad Media. Pero recordemos, primero, que una novela tiene un tiempo y un orden propios, y que no “debe” atenerse por necesidad a un orden lógico; y segundo, que la idea de la alquimia no había desaparecido totalmente para la época del descubrimiento de la redondez de la tierra. La alquimia, de la que hoy podemos reírnos con autosuficiencia científica, indica un atraso, pero respecto a nosotros, no respecto, por ejemplo, a los griegos antiguos. La alquimia, en el fondo, significa para su época de vigencia una mejor comprensión de la materia, la cual, si realmente y en última instancia estaba organizada en base a una diversidad de estructuras partiendo de los mismos esenciales componentes, los átomos, muy bien podría artificialmente (pensaban ellos) ser permutada por otra, cambiando sus combinaciones, o su estructura íntima.

En realidad, los resultados obtenidos por JAB no eran otros que los obtenidos por los alquimistas en sus intentos por “hacer” oro.

Y coincidiendo con esto, Melquíades le deja también la inquietud por el hallazgo de la célebre “piedra

filosofal” en la que tropezó (podemos burlarnos nosotros) toda la edad Media.

Todos estos tropezones que da Macondo, en la figura de JAB, tropezones predisuestos por Melquíades, a pesar de revelar una época ingenua, revelan sin embargo una sed de saber y de conocimiento que ponen a Macondo muy cerca de la Era Moderna.

6. Un logro parcial de la eterna juventud: la dentadura postiza:

La eterna juventud, buscada en la Edad Media en una secreta fuente, o en un secreto arcano, tiene sus logros parciales (permítaseme este tono simbólico) en uno de los hechos que conmueven a Macondo: todos los habitantes acuden a ver a “un Melquíades juvenil, repuesto, desarrugado, con una dentadura nueva y radiante”<sup>11</sup>. Acostumbrados a verlo en un proceso de envejecimiento durante las visitas del gitano al pueblo, los macondinos son presa de pavor “ante aquella prueba terminante de los poderes sobrenaturales del gitano”<sup>12</sup>, quien antes viejo, se ofrece ahora joven; pero “el pavor convirtió en pánico cuando Melquíades se sacó los dientes... se los mostró al público... y se los puso

11 *Ibidem*, p. 14.

12 *Ibidem*.

otra vez...<sup>13</sup>. Este pasar de la vejez a la juventud en cuestión de segundos deja perplejo hasta al avanzado JAB; pero el gitano le explica el mecanismo de su dentadura postiza. “Aquello le pareció a la vez tan sencillo y prodigioso, que de la noche a la mañana perdió todo interés en las investigaciones de alquimia...”<sup>14</sup>.

Nótese que un nuevo invento, esta vez netamente científico llega a Macondo. Nótese también que de un salto JAB pasa de la Edad Media a la Moderna, aunque con cierta predisposición a interpretaciones mágicas todavía, que marcarán una evolución.

#### 7. El hielo:

Melquiades había muerto, según le dice a JAB uno de la tribu. Pero los gitanos traen algo asombroso, confundido al principio por JAB con “el diamante más grande del mundo”: el hielo:

Macondo conoce ya, podríamos decir, todo lo que se puede conocer.

Pero hay una diferencia entre estos gitanos (el autor aclara que se trata de otros, no de aquellos con los que llegaba Melquiades) y los primeros, sobre todo con Melquiades. Estos explotan económicamente el asombro y la candidez de los ma-

condinos, sin dejarles otra cosa que una extraña experiencia. Melquiades no. Melquiades traía gradualmente lo que iba encontrando y dejaba en Macondo sus inventos y experiencias. Podríamos decir que la actitud de Melquiades es la del filósofo, la del sabio, la del científico, mientras que los otros serían puros *MERCA-CHIFLES*, explotadores de la ingenuidad popular, con lo que Macondo adquiere además otra experiencia: vive su época de superchería, por así decirlo. Mientras Melquiades representa una búsqueda tenaz y honrada, éstos otros (símbolo también de otra realidad) sólo pretenden aprovecharse de la ignorancia.

#### 8. El laboratorio de daguerrotipia:

Con este objeto se cierra la llegada de nuevos inventos. Es el último que lleva Melquiades a Macondo. (¿Pero, no había muerto? “Había estado en la muerte, en efecto, pero había regresado porque no pudo soportar la soledad”<sup>15</sup>. Bellísima explicación que satisface a JAB y que satisface simbólicamente; pero ya se verá a su debido tiempo).

No tiene nada de casual que el daguerrotipo coincida con el regreso de Melquiades de los reinos de la muerte. La fijación de la imagen hu-

13 Ibidem.

14 Ibidem, p. 14.

15 Ibidem, p. 49.

mana en una plancha y la perduración en ésta de los rasgos humanos tales como fueron captados en un instante de la vida, en oposición al envejecimiento real de la persona, tienen un fuerte carácter simbólico, relacionado con la "eterna juventud" tantas veces buscada por el hombre. En el fondo refleja el ansia de perdurar. Melquíades realmente muere después. JAB muere también; su familia se extingue. Pero hay algo que perdura: las imágenes fijadas al daguerrotipo.

Que esta supervivencia no solucione el problema, es tan evidente que sería irrisorio plantearlo como salida; pero revela la eterna desesperación humana por pervivir, por perdurar. Así la obra nos plantea de lleno, al final de todo un lapso de conocimiento, de un parcial dominio de la materia, de un parcial dominio del ser, la insatisfacción humana, jamás calmada y siempre sedienta. Nos plantea el intento del hombre por aprovechar sus conocimientos, sus inventos, su dominio (parcial) del mundo por establecerse en un absoluto. Es el planteamiento angustiante del destino humano.

No pretendemos decir por medio de este análisis de objetos y conduc-

tas que García Márquez haya montado una gran alegoría del mundo en CIEN AÑOS DE SOLEDAD, donde a cada conducta corresponda exactamente una forma de conducta humana de un tiempo o era determinada, donde cada objeto aluda directamente a un invento específico, no. Ya hemos notado que esta interpretación tendría fallas, lagunas, errores inclusive, puesto que ni todas las eras están aludidas, ni su sucesión es lineal; ni todos los inventos presentados, ni en un orden lógico; ni las reacciones de JAB, ni las de Melquíades, ni las de los macondinos, corresponde exactamente a los históricos propiamente tales; y es que ni Melquíades, ni JAB, ni Macondo, son alegorías, ni la obra en total es una alegoría; sino símbolos. En ayuda de esta distinción acudimos a Charles Baudouin: "La alegoría es un sistema de dos términos: una imagen y una idea, considerándose que una representa a la otra; este sistema creado por el artificio de una construcción intelectual nos deja habitualmente fríos... (mientras que) El símbolo es un sistema *no de dos, sino de varios* términos, suscitado por las leyes naturales de la imaginación y del sueño; es una forma de

organismo viviente, en el que sentimos el calor de la vida”<sup>16</sup>. Y por si alguien adujera que el autor citado se refiere exclusivamente al sueño, y al psicoanálisis del sueño, aclaramos que la obra se titula “PSICOANÁLISIS DEL ARTE”, y que el mismo autor aclara: “Los símbolos del arte, por cuanto son vivientes, se comportan a este respecto como los símbolos del sueño”<sup>17</sup>. Pero no es nuestra intención (ni nuestra pretensión) hacer un psicoanálisis con todas las de rigor de Melquiades, ni de JAB, ni de los macondinos, ni de la obra, ni del autor; sino señalar y dejar establecida la diferencia, con ayuda del psicoanálisis (cosa que nadie podrá reprocharnos), la diferencia esencial entre alegoría y símbolo. Así, cuando hemos seguido uno por uno los objetos introducidos en Macondo por Melquiades, no hemos querido decir que todo ello *signifique* el mundo, y todo lo que hubo y hay en él; sino que *simboliza* diferentes etapas, diferentes actitudes, diferentes fases de desarrollo de la humanidad en el mundo. “Es más prudente considerar los diversos elementos del símbolo como paralelos;

si todos no tienen una importancia idéntica, al menos no puede decirse que tal o cual de ellos es el único que tiene el privilegio de ser la ‘idea’ o el ‘sentido’ del símbolo, en tanto otros estarían relegados al rango de una figuración de la idea. Antes bien, el símbolo íntegro es la figuración del complejo íntegro”<sup>18</sup>.

Esta diferencia radical entre alegoría y símbolo es esencial para los planteamientos siguientes, pues no pretendemos reducir la obra a un microcosmos alegórico, en el que todos los elementos constitutivos del macrocosmos hallen una correspondencia total; sino, si se quiere, un microcosmos *simbólico*, no reducido a escala, por medio del cual se alude *simbólicamente al mundo*. El símbolo vendría a ser una especie de miniatura, en la forma en que Bachelard la entiende, como una síntesis: “Los valores se engolfan en la miniatura. La miniatura hace soñar”<sup>19</sup> y todavía el mismo autor: “Poseo el mundo tanto más cuanto tengo mayor habilidad para miniaturizarlo. Pero de paso hay que comprender que en la miniatura los valores se condensan y se enriquecen.

16 Charles Baudouin, *Psicoanálisis del Arte*, Edit, Psique, Buenos Aires, 1955, p. 247.

17 *Ibidem*, p. 248.

18 *Ibidem*.

19 Gastón Bachelard, *La Poética del Espacio*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965, p. 200.

No basta una dialéctica platónica de lo grande y de lo pequeño para conocer las virtudes dinámicas de la miniatura. Hay que rebasar la lógica para vivir lo grande que hay adentro de lo pequeño”<sup>20</sup>. Lo que nos importa por el momento es, pues, establecer que Melquíades es un personaje-símbolo, que JAB es un símbolo, que Macondo es un símbolo, que la obra es un símbolo y que como tales deben ser tratados.

### **III. Los hechos y fenómenos con los que aparece descrito Melquíades:**

Parte de ello lo hemos dejado establecido en el punto anterior, pero hemos preferido diferenciar a un Melquíades introductor de inventos en relación con JAB y con Macondo, de un Melquíades en sí mismo. La primera parte nos daba una dimensión de Melquíades como actuante, como un ser ad extra; la segunda tiende a darnos una dimensión de ser, una visión interior.

En una primera lectura, sobre todo si el lector está desprevenido, puede que Melquíades resulte un “fenómeno” muy difícil de ser digerido. Por lo tanto vamos a tratar de estudiarlo paso a paso, sobre todo en

los fenómenos más extraños (o dis-paratados a primera vista).

Si pensáramos por un momento ver en Melquíades un hombre de carne y hueso, como el que anda por la calle, tendríamos que afirmar que Melquíades es una tomadura de pelo: un hombre no puede haber soportado todas las enfermedades, paseado por todas las regiones terrestres varias veces y con tanto deteni-miento como para conocer a fondo el planeta; no puede saber todas las lenguas, y mucho menos todas las del presente y el pasado; no puede volver de la muerte, etc., etc.

Pero es que Melquíades no anda por la calle, hic et nunc. Melquíades es un personaje de una obra literaria y tiene como tal una dimensión lite-raria, artística. Para poder entrar en su dimensión tenemos, necesaria-mente, que meternos de cabeza en el símbolo, en el mundo de la imagina-ción, casi en el sueño: “Antaño, las artes poéticas codificaban las licen-cias. Pero la poesía contemporánea ha puesto la libertad en el cuerpo mismo del lenguaje. La poesía apa-rece entonces como un fenómeno de la libertad”<sup>21</sup>. Palabras de Bachelard que nosotros extendemos al arte en general.

20 *Ibidem*, p. 198.

21 Gastón Bachelard, *Op. Cit.* p. 20.

Si García Márquez hubiera puesto una nota aclaratoria al principio o al final de la obra (como lo hace Dante en su *Divina Comedia*) que rezara más o menos: “Apreciado lector, no he pretendido en ningún momento tomarte el pelo, tratando de hacerle aceptar por posible cuanto en mi obra digo. Todo lo contado es un prolongado sueño que, por lo bello, quise dejar escrito para las presentes y futuras generaciones”, si así hubiera hecho García Márquez todo el mundo hubiera sonreído al final, hubiera respirado y hubiera, por fin, admirado el “bello sueño” del autor. Pero García Márquez no está en la Edad Media ni en el Renacimiento. Perdón ¿es que acaso en la Edad Media alguien pedía permiso al lector para meterlo de cabeza en fantásticos castillos donde penaban de amor platónicas doncellas que eran rescatadas al fin por valientes paladines asesorados por magos y brujas, por anillos y espadas y conjuros milagrosos? Dante, un tanto “racionalizado” por el espíritu renacentista, comete el sacrilegio de aclarar que todo fue un sueño, como si pensara que alguien se iba a “tragarse ese cuento” de su *Divina Come-*

dia. Y queriendo curarse en salud, peca de ingenuo.

García Márquez no tiene por qué curarse, ni justificar su obra. Si se acepta el sueño más “estrafalario” sin pestañear ¿por qué no se va a aceptar sin pestañear el producto de la imaginación? Con mayor razón si se considera que las imágenes “constituyen una aproximación afectiva a esa visión del mundo que desde el inconsciente se proyecta reproduciendo el macrocosmos. (Porque) El hombre posee en sí mismo las fuentes del pensamiento simbólico. En las zonas oscuras de su psique permanecen vastos depósitos arcaicos poblados de símbolos y hierofanías olvidadas; ‘la imaginación nada en pleno simbolismo’ y a pesar de su desacralización permanente, el hombre vive envuelto en imágenes antiguas y mitos degradados”<sup>22</sup>. Y mucho más: “Tener imaginación, escribe Mircea Eliade (a quien parafrasea el autor que citamos), ... es ver el mundo en su totalidad, porque la visión y el poder de las imágenes es ‘hacer ver’ todo cuanto permanece refractario al concepto”<sup>23</sup>. La extensión de la cita queda justificada por la claridad que arroja sobre la imaginación, en la obra que nos ocupa.

22 Eduardo A. Azcuy, *El Ocultismo y la Creación poética*, Edit. Suramericana, Buenos Aires, 1966, p. 106.

23 *Ibidem*, p. 107.

García Márquez no peca de ingenuo. Si en el sueño los símbolos tienen su valor, con mayor razón en un producto de vigilia, que, aunque se acerque a veces al sueño, cuenta con el control, con la voluntad ordenadora y con la intención del hombre despierto.

Veamos al Melquíades asombroso y contradictorio.

1. El envejecimiento, las enfermedades, los viajes:

En la primera página de la obra aparece descrito Melquíades como un “gitano corpulento, de barba montaraz y mano de gorrión... “<sup>24</sup>; un hombre todavía joven, diríamos. Pero tras un año, a las pocas páginas, el autor nos dice que “Melquíades había envejecido con una rapidez asombrosa... parecía estragado por una dolencia tenaz”<sup>25</sup> y el mismo autor nos aclara las causas:

Era en realidad el resultado de múltiples y raras enfermedades contraídas en sus incontables viajes alrededor del mundo... Era un fugitivo de cuantas plagas y catástrofes habían flagelado al género humano, sobrevivió a la pelagra en Persia, al escorbuto en el Archipiélago de

Malasia, a la lepra en Alejandría, al beriberi en el Japón, a la peste bubónica en Madagascar, al terremoto de Sicilia y a un naufragio multitudinario en el Estrecho de Magallanes<sup>26</sup>.

Nótese que el envejecimiento prematuro está en relación con las enfermedades. Tiene su razón de ser, como cuando reconocemos “en la vida real” que fulano ha envejecido mucho porque ha sufrido mucho.

Toda esta acumulación de enfermedades y viajes nos da la dimensión de un Melquíades *simbólico*, puesto que es una *síntesis* de todo lo enumerado. Pero ¿símbolo de qué? No pretendemos agotar su simbolismo, sino esbozarlo: símbolo del sufrimiento, del envejecimiento, de las andanzas de la humanidad. El autor sintetiza en Melquíades, para darnosla de un golpe, la experiencia sufrida y errante (como un gitano) de una humanidad que va envejeciendo. En Melquíades vemos andar, sufrir y envejecer a toda la humanidad.

2. Un Melquíades rejuvenecido:

Después de otro año Melquíades vuelve a Macondo y los macondinos

24 CAS, p. 9.

25 *Ibidem*, p. 12.

26 *Ibidem*, págs. 12 y 13.

“vieron un Melquíades juvenil, re-  
puesto, desarrugado con una denta-  
dura nueva y radiante”<sup>27</sup>. La inge-  
nuidad del pueblo ve en él un mago  
dominador del tiempo; pero él reve-  
la a JAB el secreto: una dentadura  
postiza.

Aquí ni siquiera ha violentado el  
autor el transcurso del tiempo; no ha-  
bla de un Melquíades que ha rejuve-  
necido realmente; por lo tanto es más  
fácil de digerir el episodio que, en lí-  
neas generales, expresa una lucha del  
hombre contra la vejez y el desgaste,  
una violenta reacción contra el paso  
del tiempo, y, evidentemente, una  
voluntad, allí en el fondo, de prolon-  
gar, de eternizar la juventud; fenó-  
meno paralelo al ejemplo analizado  
del daguerrotipo; una sed constante  
del hombre por hacerse eterno, como  
veremos más adelante.

3. La primera muerte de Mel-  
quíades:

“Melquíades murió”<sup>28</sup>. Así le dice  
a JAB otro gitano llegado a Macon-  
do y se lo confirman los demás de la  
tribu.

Este toque de “realidad” tendría  
muy poco de simbólico si no surgie-  
ra posteriormente un Melquíades re-  
divivo:

Había estado en la muerte, en efecto,  
pero había regresado porque no pudo so-  
portar la soledad. Repudiado por su tribu,  
desprovisto de toda facultad sobre-natu-  
ral como castigo por su fidelidad a la  
vida, decidió refugiarse en aquel rincón  
del mundo todavía no descubierto por la  
muerte<sup>29</sup>.

Debemos ir con calma. Melquía-  
des muere. Melquíades regresa de la  
muerte. Razón: no podía soportar la  
soledad. Su tribu lo repudia. Está  
desprovisto de sus facultades sobre-  
naturales. Razón: fidelidad a la vida.  
Se refugia en Macondo.

Lo más chocante, su regreso a la  
vida tras la estancia en la muerte, es  
un fenómeno que tiene miles de ante-  
cedentes en la literatura: Prometeo,  
castigado por Zeus es enviado al Tár-  
taro; Ulises desciende al Hades; Dan-  
te baja a los Infiernos. Y Melquíades  
muere. Todos ellos son símbolos pa-  
ralesos. Mircea Eliade dice al respec-  
to: “Gran número de mitologías he-  
roicas son de estructura solar. El hé-  
roe se asimila al Sol; como él, lucha  
con las tinieblas, desciende al reino  
de la Muerte y sale de él victorio-  
so”<sup>30</sup>. Si tomamos el más antiguo de  
los paralelismos, el mito prometeico,

27 *Ibidem*, p. 14.

28 *Ibidem*, p. 22.

29 *Ibidem*, p. 49.

30 Mircea Eliade, *Lo Sagrado y lo Profano*, Edic. Guadarrama, Madrid, 1967, p. 154.

las cosas se van aclarando poco a poco. Melquíades, para los *macondinos*, es tomado al principio como un ser excepcional, digamos que como un semidiós que, al igual que Prometeo, protege a la humanidad en sus orígenes; pero Prometeo roba el fuego para dárselo a los hombres y les enseña su uso, simbolismo que encarna Melquíades llevando sus conocimientos al mundo primitivo de Macondo; y Prometeo es expulsado del Olimpo y enviado al Tártaro (mundo de los muertos) en castigo; además pierde sus prerrogativas olímpicas y la amistad de los dioses, y al regresar del Tártaro queda en la Tierra, como único refugio en adelante. Pues bien, Melquíades es “repudiado por su tribu” (como Prometeo por los dioses) y queda “desprovisto de toda facultad sobrenatural” (como pierde Prometeo sus prerrogativas en el Olimpo) y es enviado (como Prometeo) al reino de la muerte, del cual surge para instalarse en una realidad terrestre, no ya celeste (como Prometeo, encadenado a la tierra).

Vemos ahora cómo la muerte de Melquíades alude a la pérdida de una vida anterior (a un estado de vida anterior si se quiere) para renacer a otra, como sucede con Prometeo, quien pierde su vida olímpica,

su amistad con los dioses, su mundo celeste, para quedar anclado en el mundo de los hombres. Por eso también Melquíades decide “refugiarse en aquel rincón del mundo”. Y notamos aún más: Prometeo escoge la compañía de los hombres frente a su soledad ante los dioses que le han vuelto la espalda, como Melquíades regresa a los hombres “porque no pudo soportar la soledad”. Me aparto un momento de la frialdad de la crítica para poder decir que es el momento más bello de la obra y que esas dos líneas son la síntesis cabal de toda la obra, de todas las obras, de todo los intentos del hombre y de todos los sueños del hombre: “Había estado en la muerte, en efecto, pero había regresado porque no pudo soportar la soledad”. Tras este breve (inevitable) arrebató, podemos seguir encadenados a la crítica.

Melquíades, redivivo, Melquíades que regresa de la muerte, tiene pues su valor simbólico justificado. Melquíades y Macondo quedan fuera ya de un tiempo mítico para entrar en la historia, en el tiempo, y en la muerte.

#### 4. La muerte de Melquíades

Este hecho resulta también simbólico por las circunstancias en las que aparece envuelto. Hacia el final, en sus últimos días, afirma: “He al-

canzado la inmortalidad”<sup>31</sup> y cae en delirios en los que afirma haber muerto anteriormente; se expresa en un “batiburrillo de idiomas” y repite obsesionado “equinoccio equinoccio equinoccio”.

Las circunstancias finales del delirio y la formación de haber alcanzado la inmortalidad, que culminan con su muerte, expresan un estado no racional ante la muerte. Desheredado, decrépito ya, la amenaza de la muerte, de la que tantas veces había escapado, pero que ya se acerca inevitable, sin que surtan efecto “dentaduras”, ni “piedras filosofales”, ni “fuentes de la eterna juventud”, esta amenaza, pues, de la muerte inminente, arrastra al hombre hacia otro plano de conducta. No ya la acción, ni la reflexión. En todo el vigor de su vida Melquiades no habla de la muerte; sencillamente vive, absorbido en un torrente vital. La reflexión, la búsqueda planteada en la obra en una síntesis desde el animismo, pasando por el ocultismo, la cábala, la nigromancia, la astrología, el mágico, el cientismo, etc., no lo llevan a ninguna solución frente a la muerte. Así, pues, ya que ni la magia, ni la filosofía, ni la ciencia le ofrecen la salida, su siquismo se rebela y estalla en un conflicto de ins-

tinto y razón, de instinto vital que quiere perdurar y de razón que sostiene su imposibilidad, y el conflicto es resuelto por el escape del delirio, en el que el principio de no-contradicción queda anulado por el deseo, en un estado semejante al sueño. Y como en éste, se establecen en el presente todas sus experiencias pasadas, viajes, enfermedades, lenguas aprendidas, etc., y, como en el *sueño*, puede afirmar ser inmortal. En el fondo ¿qué es sino una rebelión del ser frente a la aniquilación? Y aquí vuelve Melquiades a ser el símbolo del hombre, de toda la humanidad, gracias al arte: “El arte se esfuerza en generalizar constantemente a todas las regiones del espíritu –incluso las más altas– en un mecanismo que el sueño pone habitualmente en juego sólo en las regiones impulsivas, instintivas y primarias: el mecanismo del símbolo. El arte se esfuerza en hacer vibrar al unísono, en un símbolo dado, todas las capas superpuestas del espíritu; la idea y la imagen, el pensamiento y el sentimiento, la aspiración superior y el instinto adoptan el mismo ritmo y confunden un instante sus acciones”<sup>32</sup>.

Tras milenios de evolución, de progreso, de haber indagado desde

31 Ibidem, p. 68.

32 Charles Baudouin, Op. Oit., pgs. 253 y 254.

el “primer tiempo” hasta sus más avanzadas épocas, la humanidad es impotente frente a la muerte; y sigue empeñada en la búsqueda de la salida, en sustituto de la cual se escogen diferentes caminos de consuelo. Pero hay más. En el plano mítico Melquíades alcanza la inmortalidad y queda presente en el mundo de Macondo y en la conciencia de los macondinos hasta el fin de los tiempos novelescos. Y más, si se quiere, Melquíades sobrepasa como mito la contingencia novelesca y se establece, no ya en el reino de los sueños artísticos, sino en el mundo de los vivos. Es un fantasma que se pasea por toda la obra después de su muerte y que se escapa de la obra hasta ocupar nuestro tiempo y nuestra atención. En cierto aspecto Melquíades tiene razón, ha “alcanzado la inmortalidad” en la dimensión del mito. Inmortalidad mítica que convive con el hecho de su muerte y el de ser el primer muerto, y su tumba, la primera de Macondo. En el plano histórico, diríamos, Melquíades está muerto. Pero ese históricamente es interior a la obra, es en realidad novelesco, artístico, mítico. Melquíades es pues, un muerto y un inmortal mítico.

#### **IV. Consecuencias de la llegada de Melquíades a Macondo:**

No vamos a detenernos demasiado en este punto, puesto que todo lo dicho anteriormente nos ahorra trabajo. Hemos visto a un Melquíades introductor de objetos nuevos y a un Melquíades en sí mismo; pero no hemos fijado la atención en las consecuencias que desata la presencia de Melquíades en Macondo, un pueblo que vivía aislado e inocente antes de su llegada.

Haciendo un recuento tenemos que Melquíades y sus objetos despiertan en JAB una sed hasta entonces desconocida. El imán es utilizado para buscar oro, y lo que se logra es desenterrar una vieja armadura. La lupa, que JAB adquiere para convertirla en arma de guerra, sólo le deja unas “quemaduras que se convirtieron en úlceras y tardaron mucho tiempo en sanar”<sup>33</sup>. Es sólo después de la llegada de Melquíades y de las historias de éste sobre viajes y países remotos, cuando JAB organiza una expedición en la que los macondinos sufren mil calamidades. Los manuscritos y la conversación de Melquíades llevan a JAB a pasar meses enteros a la búsqueda de la solución para todo. Fracasa, por supuesto; pero llega a la pasmosa con-

clusión de que “la tierra es redonda como una naranja”. Después la alquimia, la búsqueda de la célebre “piedra filosofal”, mágica solución para todo, hasta para doblar el oro, en cuyo intento pierde “treinta doblones”, su fortuna. Los viajes imaginarios con los instrumentos de navegación que deja Melquiades. La daguerrotipia, que embarga toda la atención de JAB, intentando probar la existencia de Dios, por un ingenioso sistema de superposición de tomas, hasta lograr (intentaba él) la impresión de la imagen de Dios en la placa. Los intentos por inmortalizar a Melquiades con la fórmula que éste le dejara; etc., etc.

Si sintetizamos todo ello, tenemos un resumen de todas las tentativas de la humanidad. Es Melquiades, pues, quien introduce el conocimiento, desde sus formas más primitivas, hasta manifestaciones más avanzadas y complejas. Es Melquiades quien introduce el tiempo, quien da el impulso para que Macondo entre en la historia.

Melquiades, en síntesis, cumple una tarea civilizadora.

Pero Melquiades introduce también la desazón, la sed insaciable. Por su influencia JAB yerra infinidad de veces. Melquiades introduce la muer-

te pues es el primer hombre muerto en Macondo; y con ella la conciencia de contingencia. Pero Melquiades también ha introducido los logros.

Melquiades ha impulsado a Macondo hacia una dimensión netamente humana, con la complejidad de los triunfos y los fracasos, con el conocimiento y su limitación, con la conciencia de la vida y de la muerte.

Su papel total lo veremos en el punto siguiente, en función de Macondo.

## **V. Melquiades y Macondo: dos símbolos ambiciosos y logrados**

### **1. Macondo:**

El propio autor, abriendo la obra, es quien nos sumerge en la dimensión del mito:

Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos. El mundo era tan reciente que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo<sup>34</sup>.

No sólo se refiere el texto a un pueblo naciente y perdido en la in-

mensidad de América, como es evidente, sino que su simbolismo abarca el mundo, como claramente lo dice: “El mundo era tan reciente”, que todavía las cosas no tenían nombre, y, en una conducta totalmente primitiva, el hombre tiene que acudir a señalar, porque no sabe aún decir. Este texto al comienzo de la obra nos remonta hasta las profundidades de una edad perdida en el mito. “El mito tiene un sitio de honor en el origen de todas las civilizaciones; la religión, la filosofía, el arte entero, en fin, parecen brotar de esta fuente común, o por lo menos extraer de ella su sustancia. El arte sobre todo permanece en persistente comunión con el mito, en él se retempla sin cesar en el curso de las edades; en las civilizaciones más altas, en las épocas clásicas más puras, el artista pide al mito sus inspiraciones y sus temas”<sup>35</sup>.

Pero eso no es todo. Páginas más adelante, Macondo es descrito como un verdadero paraíso:

Era en verdad una aldea feliz, donde nadie era mayor de treinta años y donde nadie había muerto<sup>36</sup>.

Con estos dos toques, el de la felicidad y el de la ausencia de la muerte, tenemos más completo el símbolo. Macondo se nos ensancha, se nos redondea, hasta adquirir los contornos del planeta en “el Gran Tiempo de los orígenes, en una Edad de Oro ‘absolutamente mítica’<sup>37</sup>; y en Macondo, como en ese Gran Tiempo, “el hombre ‘natural’, en estado de beatitud y libertad, se hallaba frente a frente a los ‘superhombres’ que descendían a la tierra, para mezclarse en sus asuntos y orientar su vida”<sup>38</sup>. Y Melquíades es para Macondo uno de esos superhombres. Pero no nos adelantemos.

El autor se nos revela como el sabio-poeta (el artista antropólogo) que, en dos pinceladas empieza por crear el mundo desde sus orígenes y coloca al hombre en un prístino estado de inocencia y beatitud. Macondo, además, como el mundo primitivo de la Edad Glacial, “está rodeado de agua por todas partes”<sup>39</sup> como averigua JAB después de una larga expedición, en la que va descubriendo paso a paso un mundo por primera vez revelado, un “paraíso de humedad y silencio, anterior al

35 Charles Baudouin, *Op. Oit.*, p. 9.

36 CAS, p. 16.

37 Eduardo A. Azcuy, *Op. Oit.* p. 11.

38 *Ibidem*

39 CAS, p. 18.

pecado original”<sup>40</sup>, con “una vegetación nueva que casi veían crecer ante sus ojos”<sup>41</sup>, prueba de la exuberante fertilidad primigenia.

Es evidente que estos detalles corresponden en primer plano a un pueblo primitivo de la fértil América; pero es más. ¿Por qué un Macondo rodeado de agua por todas partes? El autor-antropólogo muy bien pudiera haber pensado (y que nos perdone por meternos tan adentro de sus asuntos) en esa época primitiva del hombre sobre la tierra, en esa Edad Glacial (hacia sus finales) en la que muchos científicos modernos fijan los orígenes del hombre en el planeta. El hombre, al aparecer, debió estar realmente rodeado de agua por todas partes, y, por supuesto, la vegetación debía ser sencillamente asombrosa: “Kuhn afirma que esa época estuvo representada por la Edad Glacial, en cuyo transcurso no existió propiamente la historia, pues el hombre vivió en una sustancial inocencia respecto de cuanto lo rodeaba y en una absoluta identificación con la naturaleza... Sin embargo, entre el fin de la Edad Glacial y principio del Neolítico (10.000 a 6.000 años

A.C.), se produce, de acuerdo con Kuhn, el descubrimiento de la agricultura con sus ciclos periódicos y el hombre, vuelto objeto de su propia naturaleza, comienza a percibir lo que hay detrás de las cosas y a reconocer su sentido abstracto y transcendente”<sup>42</sup>.

Esta cita tiene la virtud de identificar el mundo original del hombre y el propio Macondo, pueblo netamente agrícola, que comienza a despertar buscando “lo que existe detrás de las cosas”, o el fondo de las cosas, como lo expresa Melquíades a los macondinos: “Las cosas tienen vida propia... todo es cuestión de despertarles el ánimo”<sup>43</sup> con lo que Macondo entra a una etapa animista, correspondiente a los primeros esfuerzos del hombre por conocer lo que le rodeaba.

Por si fuera poco, el autor mismo nos ofrece otras pistas significativas para esta interpretación de Macondo: los gitanos siempre llegan en marzo; Melquíades en sus últimos días repite obsesionado “equinoccio equinoccio”<sup>44</sup> y en otra oportunidad, antes de su muerte,

40 *Ibidem*, p. 17.

41 *Ibidem*.

42 Eduardo A. azcuy, *Op. Oit*, p. 14.

43 CAS, p. 9.

44 *Ibidem*, p. 68.

dice: “Somos del agua”<sup>45</sup>. ¿Qué relación puede haber entre estos detalles? Recuérdese que según la descripción de Macondo, éste refleja (como ya hemos visto) un mundo humano en sus orígenes. Recuérdese la expresión de JAB: “Macondo está rodeado de agua por todas partes”<sup>46</sup> que nosotros relacionamos con la Edad Glacial, o mejor con la fase de deshielo. ¿Y qué tiene que ver con esto la llegada de los gitanos en marzo y la alusión al equinoccio de Melquíades?

El autor ha trenzado de una manera (no encuentro otro término que) genial, todos los elementos de Macondo para aludir a ese Gran Tiempo arriba nombrado.

Marzo, mes de la llegada de los gitanos cada año, es el mes en que se inicia la Primavera. El veinte y veintiuno de ese mes coincide con el equinoccio primaveral y el Sol entra en el signo de Aries. La primavera es la época en que la tierra *aparece* pues ya ha sucedido el deshielo invernal. Más todavía, Marzo era el primer mes del año en una gran cantidad de calendarios antiguos, inclusive el romano antiguo, el caldeo, el asirio. Aún en la Edad Media, algu-

nos pueblos comenzaban el año en Marzo. La Primavera es pues el tiempo de nacimiento del año. Y Aries (macho cabrío) es símbolo tradicional de la fuerza, del vigor de la sexualidad, de la reproducción: de la vida. El signo Aries no aparece en CIEN AÑOS DE SOLEDAD, pero marzo coincide con un agitarse de los macondinos a causa de la visita de los gitanos.

Ahora bien, para el hombre primitivo el tiempo era circular, se repetía, renaciendo con cada año: “El Año era un círculo cerrado: tenía un comienzo y un final, pero tenía la particularidad de que podía ‘renacer’ bajo la forma de un Año Nuevo. Con cada Año Nuevo venía a la existencia un Tiempo ‘nuevo’, puro y santo porque no estaba desgastado aún”<sup>47</sup>.

Por eso el renacer del año coincidía con el renacer de la naturaleza, con la Primavera, para el hombre primigenio, y citamos de nuevo a Mircea Eliade, quien nos dice, hablando de los cultos de la vegetación que “es la experiencia religiosa de la renovación (recomienzo, recreación) del Mundo lo que justifica

45 Ibidem , p. 69.

46 Ibidem , p. 18.

47 Mircea Eliade, Op. Oit., p. 77.

la valoración de la primavera como resurrección de la Naturaleza”.<sup>48</sup>

Juntemos ahora todos los elementos dados y tenemos un Macondo en el Gran Tiempo de los orígenes, en el que el hombre tiene una concepción todavía circular del tiempo, en el que éste renace cada año; pueblo rodeado de agua por todas partes como el mundo humano primigenio en la primera primavera del hombre a causa del deshielo; pueblo visitado por superhombres que se meten en sus asuntos (y modifican su vida), como Melquíades, que sabiamente afirma que “somos del agua”, símbolo de origen: “Las Aguas simbolizan la suma universal de las virtualidades; son ‘fons et origo’, el depósito de todas las posibilidades de existencia... (y continúa) Una de las imágenes ejemplares de la Creación es la de la Isla que ‘aparece’ de repente en medio de las olas”<sup>49</sup> tenemos así un Macondo insular a punto de tomar conciencia del otro lado de las cosas, como le enseña Melquíades, el superhombre para los macondinos, el gitano que en sus últimos días añora el equinoccio primaveral, símbolo del renacimiento, y reflexiona en su origen, el agua, y muere en el agua.

Pero este estado edénico del Macondo inicial, no dura mucho. Como en el mundo humano primitivo, en el que “un profundo trastrocamiento alteró ese régimen existencial... (y el hombre) experimentó una modificación cualitativa en el interior de su ser y fue proyectado al cauce de la temporalidad”<sup>50</sup>, de la misma forma Macondo sufre también un trastrocamiento, una revolución interior, que lo proyecta al cauce de la historia. Y este cambio de vida, este nacimiento a otra dimensión es introducido en marzo, en la primavera, en el comienzo de un mundo, nuevo ahora en muchos otros aspectos, por los gitanos, por Melquiades, el superhombre o semidiós que llegaba con la primavera para enseñarles cosas nuevas sobre la vida y el mundo que comenzaban.

Macondo, en términos míticos, sufre una caída, una pérdida de la inocencia primera, y, con ella, de la beatitud inicial.

## 2. La tentación y la caída:

Todas las mitologías nos hablan de una edad feliz y de una pérdida de ese estado edénico por una falta cometida que, en casi todos los casos, está relacionada con la curiosidad. El mito griego de Pandora, primera mu-

48 *Ibidem*, p. 148.

49 *Ibidem*, p. 127.

50 Eduardo A. Azcuy, *Op. Oit.*, p. 11.

jer a quien los dioses dejan una caja de la que, al ser abierta, vuelan y se esparcen por el mundo todos los males (o vuelan al Olimpo todos los dones, en otra versión) quedando sólo la Esperanza, es uno de los ejemplos clásicos. Otro prototipo, es el caso de Eva que viola por curiosidad la prohibición divina de comer el fruto del Árbol del Bien y del Mal; después de lo cual toma conciencia de su desnudez y con su esposo, Adán, que había participado en la falta, son expulsados del Paraíso Terrenal.

En Macondo pasa algo parecido. La atmósfera de felicidad y armonía de Macondo, el “espíritu de iniciativa social desapareció en poco tiempo, arrastrado por la fiebre de los imanes, los cálculos astronómicos, los sueños de transmutación y las ansias de conocer las maravillas del mundo”<sup>51</sup>. Iniciado este impulso ya no pueden regresar, como lo expresa el autor refiriéndose a la expedición de JAB: “Era, pues, una ruta que no le interesaba, porque sólo podía conducirlo al pasado”<sup>52</sup> y la sed de lo nuevo se lo impedía, añadimos nosotros. Estaba ya poseído por la fiebre del saber, por la curiosidad, y pierde su antigua dimensión:

El hombre pierde la conciencia de la totalidad, y el triunfo de una de las formas de aprehensión lo confina a los estrechos límites de la percepción sensorial. De la visión indivisa se acentúan con particular nitidez las nociones de causalidad, de tiempo y de espacio, cercenando en la psiquis la imagen total del universo.

El nuevo hombre que traspone los límites brumosos de la época ‘relativamente mítica’ para penetrar en el ámbito de la historicidad, se caracteriza por su progresiva conciencia de la realidad de tres dimensiones captada a través de los sentidos comunes y por la aceptación de los conceptos temporoespaciales que de ella se derivan<sup>53</sup>.

es pues, la curiosidad, el deseo de conocer, lo que provoca la ruptura, la caída, la pérdida de la inocencia primera. Al conocer, y al desear conocer a fondo, el hombre cae en la cuenta (reflexiona, en un sentido más profundo que el darse cuenta) de sus limitaciones, de los sufrimientos y de la muerte.

La curiosidad le produce el desasosiego. Ya no le es posible, sencillamente ser, existir; quiere saber por qué y para qué; y quiere “comprender” su ser y “comprender” (ha-

51 CAS, p. 16.

52 *Ibidem*.

53 Eduardo A. Azcuy, *Op. Oit.*, p. 16.

cer parte de sí) el universo. Ya no es inocente. Ha perdido su beatitud. Ha salido de un tiempo mítico y desde entonces conoce la soledad y la muerte.

### 3. El papel de Melquiades:

Ya vimos a Melquiades introduciendo inventos en Macondo y examinamos en general las consecuencias de ello. Ahora Melquiades cobra toda su significación. Es Melquiades quien introduce la primera inquietud animista, quien lleva uno tras otro los objetos que encienden en JAB, y en Macondo, las ansias de saber. Es, pues, Melquiades quien introduce la curiosidad y con ella el conocimiento, el deseo insaciable, los logros, los fracasos, el esfuerzo: la civilización.

Melquiades juega en Macondo un papel prometeico. Y acudimos de nuevo al mito, por cuanto el mito “muestra cómo ha venido a la existencia una realidad”<sup>54</sup> porque el mito tiene por función “la de ‘fijar’ los modelos ejemplares... de todas las actividades humanas significativas...”<sup>55</sup> y porque al mito “le corresponde el conservar la verdadera historia, la historia de la condición humana: en él hay que buscar y reencontrar los principios y paradigmas de toda conducta”<sup>56</sup>.

Permítasenos una síntesis del mito prometeico, para establecer después el paralelismo con Melquiades y Macondo. Prometeo, un semidiós, un superhombre, es, según la mitología griega, el padre y protector del género humano. En los comienzos el hombre vivía en un lamentable atraso. Prometeo, que tenía su lugar en el Olimpo y participaba en las deliberaciones de los dioses, roba el fuego sagrado, se lo da a los hombres y les enseña su uso. Airado Zeus con Prometeo, lo expulsa del Olimpo y lo castiga encadenándolo al Cáucaso. Después lo envía al Tártaro, de donde sale Prometeo por intercesión de ciertas divinidades; pero es encadenado de nuevo con una tortura añadida, un águila le devora el hígado durante el día, pero el órgano se regenera durante la noche, permitiendo así la perduración del suplicio. Finalmente es liberado por Hércules, con permiso de Zeus.

Este esquema del mito nos permite completar el parangón con Melquiades que habíamos esbozado en uno de los puntos anteriores. Melquiades para los macondinos es una especie de superhombre. Introduce en Macondo objetos no co-

54 Mircea Ellade, *Op. Oit.*, p. 97.

55 *Ibidem*, p. 98.

56 *Ibidem*, p. 102.

nocidos por sus habitantes. En el fondo, todos esos objetos, en cuanto símbolos, son reductibles al símbolo fuego, en cuanto éste es símbolo de vida y conocimiento. El gitano no lleva fuego, puesto que García Márquez elabora el mito con ingredientes distintos; pero lleva una serie de objetos que despiertan la curiosidad de los macondinos, objetos por medio de los cuales aprenden cosas por ellos ignoradas y que les permiten seguir explorando su ser y el mundo. Melquíades, como Prometeo, lleva a los hombres el fuego de la civilización. Pero la civilización incluye el autoconocimiento, la limitación, la muerte. Significa la pérdida de un estado en el que el hombre no tenía conciencia de tales fenómenos. Así, Melquíades, introductor de la civilización, es el que empuja a Macondo hacia la historia; el que lo introduce en el tiempo y hacia la muerte. Pero no se olvide, es quien les abre los ojos. Es quien les da a conocer el Bien y el Mal, el placer y el sufrimiento, la desesperación por la perennidad y la conciencia de la muerte. Desde entonces, Melquíades y Macondo quedan encadenados al tiempo, a la realidad terrestre, indagando una salida a la soledad y la muerte, torturas prometeicas, buscando la fuerza que los libere, como Hércules a Prometeo.

Y si se quiere prolongar el paralelismo, puede hacerse en José Arcadio 'Buendía, "robador" también del fuego, que trata de enseñar a su pueblo el uso debido; y que termina encadenado a un árbol. Pero esta prolongación, que sugerimos, no cabe dentro de los límites del presente trabajo, centrado en Melquíades.

### **Consideraciones finales**

Gabriel García Márquez, con ese su estilo desenfadado de un buen echador de cuentos, nos mete de cabeza en el mito, en un mito síntesis de todos los mitos. Y por supuesto sí podemos "tragarnos" ese cuento, y podemos divertirnos y reír; pero por debajo de esa corteza corre el tiempo y corre la vida desde sus orígenes; y los más disparatados episodios y personajes, cobran un valor, el símbolo; así tiene mil veces razón Melquíades cuando nos dice: "Las cosas tienen vida propia... todo es cuestión de despertarles el ánimo". Y como en el ejemplo del imán el que quiere buscar otra cosa recibirá la misma contestación de Melquíades a José Arcadio Buendía: "Para eso no sirve".

Este trabajo no ha pretendido otra cosa que establecer esas "verdades" de la literatura; reconciliar el humor y la seriedad con los que está tejida la obra. El humor que le permite al hombre convertirse en un especta-

dor y la seriedad que lo lleva a verse reflejado por siglos de siglos. Fusión de humor y seriedad que hacen posible al hombre verse fuera y dentro de la obra, y afuera y adentro de la historia. Así, Melquiades es un hombre interior a la obra y es un símbolo que conecta ésta con la realidad exterior de la historia de una civilización, y de toda la civilización. Es esta doble postura simultánea la que permite a Melquiades ser una dosis de humor en la obra por su esencia dislatada y contradictoria, y ser la cara seria de la humanidad reflejada por el mito. Melquiades se nos convierte así en el símbolo de la experiencia humana, concentrada en un solo hombre por virtud del arte; el símbolo del hombre primitivo, animista, antiguo, medieval y moderno; el símbolo de las búsquedas del hombre; el símbolo de sus logros y sus fracasos; el símbolo del bien y del mal, del introductor de la vida y de la muerte; el símbolo de una humanidad mitificada y de una

humanidad histórica; el símbolo del subconsciente colectivo. El símbolo de la civilización y del mito de la civilización.

Melquiades es, pues, el piache de una tribu primitiva, el filósofo de la antigua Grecia, es también el sofista; y es mago, alquimista, mecanicista, científico. Es la síntesis brillante y absurda de los intentos del hombre por ser joven, por ser grande, por ser poderoso, por ser hermoso, por ser eterno; y, por lo tanto, el compendio de las frustraciones humanas. Es esa complejidad la que nos lo hace atractivo y repulsivo; la que provoca en nosotros un sentimiento entre el respeto y la burla, entre la admiración y la compasión. Es grande por intentar. Es pequeño por fracasar. Es, sencillamente, un hombre que no quiere resignarse a su dimensión terrestre, aunque se encuentra encadenado a la tierra. Es la encarnación del mito prometeico, el mito sintetizador de todos los mitos: la civilización.